

Fidel se enamoró del Uruguay

En Jatibonico presumen de una certeza: ninguna otra industria de la provincia y quizás del país obsesionó tanto a Fidel Castro como el central Uruguay. Cartas de ida y vuelta, proyectos de llegar hasta las 300 000 toneladas de azúcar en una zafra y aquella visita inolvidable de mayo de 1989 son evidencias suficientes

DELIA PROENZA BARZAGA

Cuando Placidia Gómez, la pantrista de la dirección, se acercó con una jarra de cristal repleta de guarapo frío, respondía a una velada solicitud del Comandante en Jefe: "Bueno, ¿y en el Uruguay no se toma guarapo?". Como buen conocedor de la clase de visitante que recibía aquel día, Manuel Zerquera, el director, había previsto tal posibilidad y el Jefe de la Revolución terminó tomando tres copas del frío líquido, que disfrutó visiblemente y elogió entusiasmado.

Pasadas las 10:00 a.m. del 6 de mayo de 1989, Fidel llegó al Complejo Agroindustrial (CAI) Uruguay, tras recorrer importantes centros de interés económico y social en Sancti Spíritus, entre ellos, la presa La Felicidad, entonces en construcción y que una vez terminada permitiría el suministro de agua a varios miles de hectáreas de caña plantadas al sur del complejo azucarero, y la Papelera de Jatibonico.

Días antes el central completaba su plan (210 000 toneladas) y hasta alcanzaba un extra; ello significaba un muy buen resultado y daba continuidad al crecimiento



Evaristo Hernández se desempeñaba entonces como delegado del Minaz en la provincia. /Foto: Vicente Brito

sostenido, año por año, desde 1986, cuando se superaron las 160 000 toneladas de azúcar crudo. La visita del máximo líder cubano obedecía más bien al interés de conocer de primera mano el programa de desarrollo del Uruguay, que incluía una tercera e importante ampliación para elevar las molidas y producir 300 000 toneladas de azúcar. Dicha idea en principio había sido aprobada, pero no contaba aún con su visto bueno.

Así las cosas, durante su estancia en el salón pequeño del edificio administrativo del CAI con su consejo de dirección, el gigante de verde olivo una parte del tiempo anotaba, otra se quedaba solo a la escucha y en varias ocasiones formuló preguntas, vertió consideraciones. Al final,



Tras la reunión del 6 de mayo de 1989, Fidel departió con trabajadores y vecinos del central.

acuñaría la propuesta que Evaristo Hernández Lago, delegado del Minaz en la provincia, había defendido desde mucho antes con toda la vehemencia del mundo.

Tras una negativa rotunda del entonces ministro del ramo, Diocles Torralba, cara a cara, el boticario devenido azucarero logró quebrar a golpe de persistencia la posición del Titular. "Bueno, vas allá y presentas todos esos argumentos, que si esa idea triunfa le vas a ahorrar al país una buena cantidad de millones de pesos; entonces habrá que llevarte para el Buró Político", le dijo a Evaristo llegando a Jatibonico, al término de una charla sobre el jeep que lo conducía a Ciego de Ávila.

"El asunto es que se había aprobado hacer un central al sur del municipio, que molería 500 000 arrobas de caña, con la idea de suministrar más bagazo a la papelera. Ya en el patio del Uruguay estaba una gran parte del equipamiento constructivo —que era cuantioso—, y él insistía en que se empezaran los trabajos, pero nuestras consideraciones eran otras", rememora Evaristo. Las áreas cañeras que abastecerían al nuevo central eran, según cuenta el exdelegado del Minaz, unas 12 000 hectáreas —algo más de 800 caballerías— en Las Nuevas, en tierras casi de La Sierpe, pero atendidas por Jatibonico, donde nacería una comunidad con pobladores de diversos lugares de Cuba.

"Allí se construyeron numerosos edificios a propósito de aquel empeño. Primero se hicieron dos grandes distritos cañeros, que después constituyeron varias UBPC. Eso tenía riego en un 80 por ciento, por gravedad y bastante ineficiente, porque había sido concebido para regar arroz, que es a lo que las tierras estaban destinadas inicialmente, pero les faltaba calidad para ese fin", precisa Imeldo Díaz Roig, por aquel entonces subdirector agrícola del CAI Uruguay. Tocante a los rendimientos, en la edición del periódico *Granma* del 16 de mayo de aquel año, que dedicó media página a reseñar los datos ofreci-

dos por Manuel Zerquera en aquel encuentro, se consignaba que eran de entre 75 000 y 80 000 arrobas por caballería.

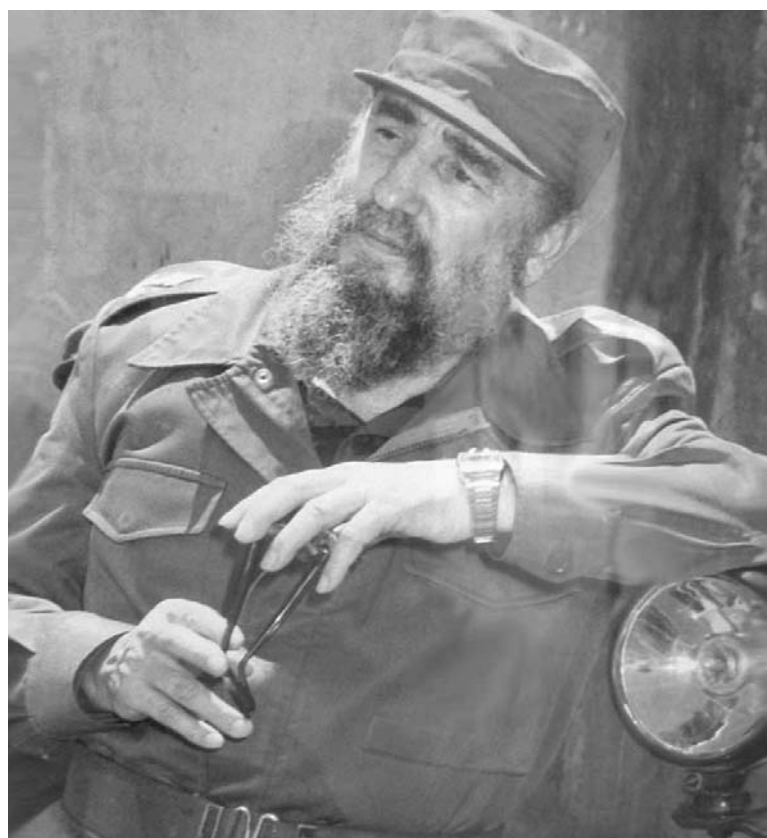
¿USTEDES PUEDEN LLEGAR A ESO?

Cuentan que durante la reunión el rostro del visitante se iba iluminando a medida que constataba que lo que le exponían se ajustaba a la realidad. Con una psicología distintiva para calar hondo en sus interlocutores, se viraba para todas las bases. "¿Y ustedes pueden llegar al millón 800 000 arrobas?", le espetó en uno de aquellos lanzamientos a Manuel (Manolo) González Rodríguez, el subdirector industrial. Este le respondió con entera seguridad que sí, que podían, y recordó la sustitución de tándem A, que era pequeño, por otro con mayor capacidad de molida.

Cuentan, además, que al tomar la palabra, ya al final, elogió el

incremento en pocos años de la producción de caña y de azúcar, apuntó la necesidad de continuar implementando en las nuevas áreas el riego y el drenaje parcelario, técnica clave a la que llegaría a destinar 13 módulos para igual número de brigadas; procuró detalles acerca del corte mecanizado y mencionó las orientaciones de adelantar la ejecución de algunas presas, canales y obras hidráulicas.

"Hubo un momento en que preguntó qué podríamos necesitar y Zerquera le comentó únicamente la falta de un transporte para los obreros de la parte técnica y administrativa que trabajaban en aquellas nuevas áreas del sur del Uruguay", evoca Imeldo, quien recuerda esa visita "como si estuviera viendo todo ahora mismo: su físico, sus gestos de emoción; lo veía feliz, muy feliz". Y, en efecto, poco después se recibieron dos camiones Zil para ser adaptados a medios de



En Jatibonico, Fidel recibió información sobre diversos programas de desarrollo.

transportación colectiva.

La satisfacción del Comandante en Jefe al salir de aquella reunión lo llevó a mencionar el propósito del colectivo del Uruguay, y su fe en la concreción de tal empeño, en el multitudinario acto que se efectuaría en horas de la tarde en la plaza Mayor General Serafín Sánchez Valdivia. En su discurso, los pondría de ejemplo para el resto de los azucareros cubanos y afirmaría que hombres así son capaces de trabajar con gran productividad y con una eficiencia superior a la que existía en el capitalismo.

Pero antes de marcharse tuvo un gesto de retribución para con ellos: autorizó la entrega de un estímulo, que se tradujo en 50 carros *Moskvich* marca Aleko. "Estos no son de los que ustedes ven por ahí, porque no han rodado en Cuba. Van a ser los primeros en usarlos", significaría. En el propio papel apuntó y leyó: 300 motocicletas Berjovina y otros 50 motores de 250 centímetros para personal vinculado con la zafra. Después, ya en la parte trasera del jeep, preguntó si Zerquera, el director, tenía carro, y al conocer que se desplazaba en un viejo Lada indicó la entrega de otro automóvil más. "Al año siguiente, cuando sobrecumplen su compromiso con él y llegan a 231 000 toneladas de azúcar, Fidel manda a entregar similares cantidades de esos mismos estímulos, así que en dos años entregó al Uruguay 101 carros ligeros", pormenoriza Evaristo.

PORFÍA ENTRE CENTRALES

En realidad, las deferencias del máximo líder de la Revolución cubana para con el coloso espirituario ni eran gratis ni habían surgido de manera repentina. Los más cercanos a sus vínculos con los azucareros de Jatibonico ubican el origen de la admiración en la década del 70, cuando tras el descalabro de aquella zafra se adoptó la estrategia de armar el central con un equipo confiable, con Evaristo a la cabeza como administrador, que logró enrumbar hacia contiendas eficientes.

"En aquella época se había iniciado un 'pleito' entre el central Guiteras, de Las Tunas, que era un gran productor de azúcar, y el Uruguay. Cada vez que empezaba una zafra revisábamos cuánto iba a hacer este o el otro, y se formó una especie de porfía que duró muchos años. Una vez ellos hacían más, otra menos que nosotros y así estuvimos hasta los 80 y pico, que logramos despegar un poco más. Yo pienso que la lucha esa entre los dos ingenios, que tenían ambos muy buen personal y muy buena dirección, esa controversia, fue una de las cosas que hicieron que Fidel se fijara en este ingenio", reflexiona Manolo, el antiguo subdirector industrial.

"Él se enamoró del Uruguay en la década del 80, cuando comenzó con la racha de producciones de más de 200 000 toneladas de azúcar (1988), que mantuvo por cinco años consecutivos, y alcanzó más de un millón de toneladas en un quinquenio. Además de eso, llegó a vencer el reto de las 235 000 toneladas